

DISCURSO pronunciado por el señor General Alvaro Obregón en el banquete ofrecido a los cuatro estudiantes mexicanos en el Hotel Biltmore, en la celebración de la semana Mexicana.- 267

Yo no voy a producir un discurso, primero, porque me da mucho trabajo discurrir y segundo, porque hace muchos meses que estoy sustraído a todo contacto con las colectividades y no estoy, como generalmente se dice, entranado. Por muchos meses ha tenido mi cerebro que ocuparse únicamente de negocios de campo y mis problemas están muy lejos de las actividades en que actualmente nos encontramos empeñados; pero sí voy a decir algunas verdades y a señalar algunos peligros que debemos remover para asegurar el afianzamiento de esas relaciones que tanto anhelamos.

Voy a tener que sustraerme a la justa emición que invade nuestro espíritu y nuestro corazón cuando vemos tan cariñosamente agasajados por la tradicional hospitalidad de Los Angeles. Ya hablaron y en tono muy alto los sentimientos de ambos pueblos; nuestros estudiantes, representantes genuinos de la mentalidad moderna de México, ya hicieron oír su voz y los hombres más representativos de la Unión Americana hicieron oír la suya; ahora entro yo en turno para hablar como hombre de negocios.

El desarrollo armonioso de los intereses de los pueblos, abarca el secreto de sus relaciones amistosas y todos los pueblos que quieren cultivar su armonía, deben cuidar sigilosamente de ella, buscando un acomodamiento de sus intereses para ir en armonía con las aspiraciones de ellas.

El Estado de California y la Costa Occidental de México constituyen uno de los centros de producción más importantes del mundo y es seguro que ambos territorios están llamados a desempeñar un gran papel en las actividades humanas y a satisfacer muy grandes necesidades en los mercados del mundo; y es necesario que para realizar esa obra pensemos los hombres de la Costa Occidental y de California en nuestro futuro, y que pongamos al servicio de tan noble misión todo el esfuerzo de nuestras mentalidades, de nuestros hombres de acción.

El desarrollo de la Costa Occidental siente que en California se desarrolla una acción que entorpece el envío de sus productos a los mercados americanos, como los productos de ~~los~~ similares en California piden protección para sus industrias agrícolas, y bajo diversos pretextos, nuestros productos no pueden cruzar la línea internacional. Ese es un peligro que yo quiero señalar en esta feliz oportunidad. México consume productos de California en cinco veces mayor a los productos de la Costa Occidental, que ingresan a los Estados Unidos, y si cometiéramos el error de acudir a nuestro Gobierno y tratar de levantar nuestros impuestos para empezar un pugilato comercial, cometeríamos, además de un crimen, un error que abatiría nuestros propios intereses.

Lo que Nunca han sido los pueblos prósperos y grandes ~~cuando~~ se encierran dentro de sus propias fronteras y esto solo corresponde a los pueblos incapaces de aceptar la competencia que desde el exterior vienen a hacer algunos hombres con el mismo derecho de prosperidad. Es, pues, necesario, ya que señalamos y conocemos este peligro, que estudiemos la manera de resolverlo. Nunca ha sido el egoísmo el secreto de la aventura universal. Los hombres necesitamos ser siempre generosos para así tener el derecho de exigir la estimación y el respeto de los demás. Este error trae, además, como consecuencia inmediata, que se condene a las clases pobres de ingresos exiguos a no consumir aquellos productos que en virtud de los derechos aduanales llegan hasta los mercados de su propio país, fuera del alcance de sus modestos emolumentos. Es, pues, necesario, que los hombres de la Costa Occidental y los de California, nos coloquemos en un plano superior y estudiemos la fórmula más adecuada para buscar el desarrollo armonioso de nuestros comunes intereses, y colaboremos y reclamemos a nuestros respectivos Gobiernos, que vayan reduciendo más cada día los impuestos sobre los productos de ambos países, hasta que queden absolutamente abolidos. Nosotros no queremos rehuir la competencia de los productos de California, y yo, que creo interpretar fielmente los sentimientos de los hombres de la Costa Occidental, quiero ser el portador de este mensaje: " Colaborar armoniosa e inteligentemente en el desarrollo de nuestros comunes intereses; hacer de nuestra Costa y de California un centro de producción universal, que encuentre las necesidades de millares de personas que solamente podrían adquirirlos cuando lleguen a sus mercados al alcance de sus modestos intereses.

Los Angeles, Calif. U. S. A.
septiembre 23 de 1925.

24 Sep 925
269

Escribo estos renglones a petición de unos buenos amigos de esta ciudad que me suplicaron hacer alguna exposición pública en forma más amplia sobre el mismo tópico que sirvió de base a mi discurso pronunciado ayer en el banquete que se efectuó en el Hotel Biltmore.

El peligro señalado por mí ayer es evidente y en lugar de rehuirlo debemos ir a su encuentro para desvanecerlo, buscando los medios que el interés y la prudencia aconsejan para que ese choque de intereses que empieza a ser sensible, desaparezca. Es incuestionable que siguiendo los métodos que han iniciado los productores agrícolas de California para impedir la competencia de los productores similares de la Costa Occidental de México, tendríamos que pedir al Gobierno nuestro una acción recíproca y entonces los centenares de furgones de productos de California que cruzan nuestras fronteras, para ir a venderse a nuestros mercados, encontrarían el escollo arancelario que como medida recíproca tendría que dictar nuestros legisladores y se establecería un mutuo boycott inspirado en un egoísmo incompatible con los anhelos de armonía que todos ostentamos y con los anhelos de progreso que a los hombres de una y otra región nos animan. Todos los inconvenientes señalados son bajo el punto de vista exclusivamente de los productores, ahora, si se analiza este grave error bajo el punto de vista de los consumidores, tiene todavía aspecto mucho más alarmante, porque resulta entonces que bajo el pretexto de una protección arancelaria a los productores, se lesionan sustancialmente los intereses de muchos millones de consumidores, porque resulta que los productos así encarecidos por los aranceles, se convierten en artículos de lujo y sólo quedan adquirirlos un reducido número de privilegiados de la fortuna, quedando fuera del alcance de los modestos emolumentos de la gran mayoría que vive de su esfuerzo y trabajo personal, reduciendo, por otra parte, y en forma muy considerable, el volumen de consumo y todas estas consecuencias, si se analizan bajo sus verdaderos puntos de vista, se verá si esfuerzo que están reñidas con la equidad, con la moral y con el espíritu de confraternidad que debe regir a los hombres y a los pueblos.

Yo considero que se pueden encontrar diversas fórmulas para plantear una feliz resolución a este problema, que tiene a ser muy serio, ya sea provocando una inteligencia entre los agricultores de ambas regiones para estudiar el caso, en las múltiples manifestaciones que presenta, pues existe la ventaja para una resolución favorable, de que ambas regiones están colocadas en latitudes distintas y regidas por climas diversos, y bien podría combinarse la producción de acuerdo con las diversas estaciones del año, de tal manera que los intereses chocaran en menores proporciones, pero bajo mi punto de vista, la fórmula más adecuada consistiría en que los hombres de California, agricultores o no, ya que todos están íntimamente ligados con esa fuente de riqueza nacional, iniciaran desde luego un movimiento de cooperación con los agricultores de la Costa Occidental, aportando el capital que se requiere para fomentar aquella producción y ligando así sus propios intereses con ella, y de esta manera se desvanecería el prejuicio de la competencia ya que sus mismos intereses vendrían representados en aquella producción y felizmente podrían entonces, bajo una inteligente combinación, hacer una distribución de cultivos de acuerdo con las estaciones y con las temperaturas que rigen a cada región para que no faltaran un sólo día en los mercados de consumo, to-

dos esos productos y aunque las utilidades se redujeran en el porcentaje, quedarían resarcidos en el mayor volumen de consumo y beneficiados así todos aquellos que viven de su esfuerzo personal que podrían entonces llevar a sus modestas mesas muchas legumbres y frutas que ahora les significa un sacrificio adquirir.

El desarrollo de la Costa Occidental cuya rriquezas naturales son inagotables, podrá ser entorpecido, pero nunca podrá impedirse, y si a ese desarrollo prestan sus expontánea cooperación los capitales de California, tomando naturalmente las seguridades debidas, y combinando habilmente su aportación con los hombres de trabajo de la Costa Occidental, para la distribución de las utilidades, es seguro que el engrandecimiento de esaimportantísima y basta región reflejará mayor prosperidad y engrandecimiento también para la Costa Occidental de esta gran República.

Muy lejos estoy de suponerme con la autoriãad suficiente para el estudio de asuntos de tan alta trascendencia; pero todos estamos obligados a señalar los males bajo nuestros propios puntos de vista descubiertos, y señalar también los remedios que a nuestro juicio tiendan a conjurarlos, y pueden estar seguros los que lean esta exposición que un deseo francamente sincero de remover todos los escollos que puedan entorpecer nuestra armonía, ha sido el inspirador mío en esta ocasión.

Los Angeles, Calif. U. S. A.,
septiembre 24 de 1925.